

(02043)

Contamos contigo

Aquella fue una mañana gris. El sol hacía esfuerzos por brillar entre algún claro de nubes ocasional. Había llegado pronto a la redacción de El Heraldito, diario que se distribuye en todos los municipios del sur de la provincia de Madrid.

Aunque no estaba en nómina sí mantenía una columna de colaboración donde seguía la actualidad del deporte mospintoleño. Desde que comencé mi carrera en la Facultad de Periodismo tuve claro que quería ser periodista deportivo.

En aquellas mis primeras armas firmaba mi columna con el seudónimo "Comanche", más por precaución profesional que por temor a que no se aceptara la opinión de una mujer. Aquellos tiempos habían acabado, y del machismo sarcástico se había pasado a un paternalismo molesto. Mi reserva tenía como finalidad no enturbiar mi relación con Radio Mospintoles, donde sí estaba en nómina aunque con un sueldo insuficiente. Después de todo, y salvo afortunado padrinazgo, los comienzos siempre son humildes en cualquier trabajo.

El jefe de la redacción de deportes de El Heraldito estaba acodado en la ventana, con la mirada ausente, pero no vacía. Llevaba un rato observando algo en la calle y meditando. Y yo, que había congeniado con él desde el principio, me acerqué un tanto intrigada.

—¿Qué hay en la calle que requiere tu atención?

—¿Ves a aquel hombre, el que pasea el perrillo en el parque?

Me acerqué más al redactor-jefe para mirar donde me decía.

—Sí.

—¿Sabes quién es?

—Le he visto más veces. Siempre está ahí, en ese parquecito, con su perrito faldero. Pero no sé exactamente quién es.

—Es Iñaki...

Noté que Felipe observaba mi reacción. Pero el nombre no me decía nada.

Felipe Quiñones era el redactor-jefe de la sección de deportes de El Heraldito. Llevaba toda una vida dedicado al periodismo, profesión que le venía de familia. En el pasado había colaborado en programas de difusión nacional en radio y televisión. Incluso en algunos gozó de su propia sección. Pero cansado de los vaivenes profesionales y de la inconstancia humana había vuelto a sus orígenes en Mospintoles. Allí, con su currículum, no le fue complicado hacerse con la sección de deportes de El Heraldito y con un buen sueldo.

Tras unos segundos reflexionando le confirmé que no sabía quién era Iñaki.

—Forma parte de la historia deportiva de Mospintoles. Es o ha sido toda una institución.

El hombre, en el parque, se agachó a recoger las heces de su perrito. Se le notó alguna fatiga al doblar las rodillas. Y luego no se pudo incorporar sin trabajo. Tendría unos sesenta años, si no más.

—¿Una institución? Pues está *baldao*... —critiqué ácidamente.

—No siempre fue así —Felipe estaba en plan conciliador; en realidad ese era su estado de ánimo habitual—. Iñaki en su juventud fue un atleta olímpico. Cosechó no pocos triunfos internacionales. Se convirtió en todo un referente para lo que en aquel entonces se conocía como Castilla La Nueva, y para toda España.

Volví a mirar al hombre con más atención. Se le advertían unos hombros anchos, pero no podía adivinar cuál había sido su actividad deportiva.

—¿En qué destacó?

—Fue halterófilo. Uno de los mejores. Obtuvo podios europeos y dos diplomas olímpicos.

—¿¡Fue olímpico!?

—No fue medallista olímpico porque se equivocó de país al nacer. De haberlo hecho en el Este europeo habría sido una leyenda. Ganó esos diplomas en Munich y en Montreal.

Entonces fijé mi atención en aquel hombre, que se había sentado en un banco, con su perrillo al lado. En realidad siempre había visto a aquel hombre allí, solo, con su perrito, en aquel minúsculo parque que el ayuntamiento había construido en la confluencia de dos calles.

El aspecto del tal Iñaki era algo desaseado. Se intuía que debía vivir por los alrededores, pues vestía zapatillas de andar por casa y un chándal azulón bastante raído. Le colgaba la mandíbula inferior y estaba siempre cabizbajo. Yo no recordaba haberle visto hablar con nadie. Digamos que Iñaki se había ido convirtiendo en una parte prescindible del mobiliario urbano de aquel parquecito.

Sí que recordé haberme cruzado con él en algunas ocasiones. Tenía unos ojillos pequeños, huidizos, y quizá demasiado juntos. Aunque nunca temí nada por parte de aquel hombre, no muy grande, sí recordé que siempre que pasaba junto a él sentía una irracional intranquilidad.

—¿No es pequeño para haber sido halterófilo?

—En halterofilia hay varias categorías de peso. Iñaki competía en los pesos mínimos.

—Cuéntame más cosas de él.

—No hay mucho que contar. A Iñaki siempre le gustó hacer alarde de su fuerza. Ya desde el colegio. No es que fuera un niño peleón, pero sí era muy

fuerte. El profesor de gimnasia le recomendó trabajar con pesos. De aquella había una sección deportiva en Mospintoles de la OJE franquista, que era una organización que reglaba el deporte en pueblos como Mospintoles. Nuestra ciudad hace cuarenta años no era más que un pueblo. Fue con el *boom* urbanístico cuando se convirtió en una ciudad dormitorio de Madrid.

—Háblame de Iñaki...

—Sólo quiero hacerte un cuadro de aquel mundo. Te decía que había en Mospintoles un pequeño gimnasio con un par de barras y algunos discos. Iñaki se inició allí en la halterofilia. Pronto destacó en los campeonatos provinciales y alguien de Madrid se fijó en él. Ni siquiera había llegado el «Contamos contigo». Era la época de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes.

—¿Contamos contigo? —pregunté queriendo recordar un detalle que se me escapaba.

—Contamos contigo fue un eslogan de comienzos de los años setenta. El Consejo Superior de Deportes no se constituyó hasta el 77 por lo menos. Antes de aquel mensaje publicitario todo el deporte en España era algo... primitivo. No era fácil dedicarse al deporte pues el profesionalismo estaba reservado al boxeo, al fútbol y al ciclismo.

—Toda esa situación la conozco por haberlo leído. Pero me sorprende que nadie me hubiera dicho nunca nada de Iñaki.

—Iñaki ha quedado olvidado por los aficionados, por las instituciones, por el gran público que le aupó a cotas a las que nunca debió soñar con asomarse.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Iñaki fue tremendamente popular allá por los años 70. Incluso grabó varios anuncios para la televisión y co-protagonizó una comedia cinematográfica con los clásicos de la época.

—¿Pero es que nadie se acuerda de este hombre?

—Sí, la federación madrileña; y la española porque lo tiene cerca. Cuando necesitan llamar la atención sobre su deporte invitan a Iñaki a una gala o le hacen el enésimo homenaje en el que el pobre diablo nada pinta. Le utilizan como excusa para lograr sus propósitos, y el infeliz accede supongo que más por salir de su anodina vida que por recordar viejos tiempos en los que era el centro de atención en cada fiesta.

—¿Pero tanto prestigio tenía la halterofilia por aquel entonces?

—No... El mismo que ahora si no menos. En los años 70, salvo el boxeo, el fútbol y el ciclismo, y por ese orden, los deportistas eran grandes desconocidos. Pero cuando surgía un portento adquiría notoriedad rápidamente en toda España: Ochoa, Orantes, Ocaña, Nieto... Fíjate en Ángel Nieto. Trece veces campeón del mundo, bueno... doce más una. ¿Te imaginas el tirón mediático que hubiera tenido hoy en día un español campeón del mundo imbatible?

—Lo que no me imagino es que no lo tuviera en aquel entonces.

—Entonces no existía este concepto de tirón mediático. Los toreros y los cantantes eran más populares que los deportistas. Incluso Palomo Linares protagonizó varias películas, como Manolo Escobar. De los deportistas alguno hizo algo en el cine, como Pedro Carrasco. Y te estoy hablando de ayer

prácticamente, no de la época de Paulino Uzcúdm. ¡Uy! si hubiera habido un Uzcúdm en la época dorada del boxeo español, cuando los Carrasco, Urtain, Legrá...

—Me es difícil entender aquel mundo, donde un torero protagonizaba películas. Lo puedo entender de un cantante, o de un deportista tal vez. Y no durante su carrera deportiva, sino al retirarse.

—Es natural. Los jóvenes asumís que los valores y las referencias que conocéis siempre estuvieron ahí. Y es que hubo una época en que los valores universales no variaban en generaciones. Pero hoy en día en cuestión de diez años vivimos una nueva realidad que nada tiene que ver con la anterior. El propio concepto de Internet hace diez o doce años no tenía la dimensión que tiene ahora.

Quedé callada, sumida en mis pensamientos. Aquel hombre, allí abajo, sentado en el banco de siempre, con aquella correa desgastada que sujetaba a su perrillo. El perro husmeaba entre las patas del banco y el pie de una papelera. Igual que había estado pasando todas estas semanas atrás... Y yo nunca había reparado en que allí había toda una historia que contar.

—Me gustaría hacerle una entrevista.

—Ni se te ocurra. No tienes ningún derecho —me dijo Felipe sin acritud—. Ni te la vamos a publicar aquí en El Herald ni te dejarán hacer nada en Radio Mospintoles. Deja las cosas como están. No te he contado esto para que hicieras algo, sólo para que lo supieras.

No entendí nada.

(02044)

Déjalo correr

—Contamos contigo (II)—

Sabía dónde encontrar a don Faustino a aquella última hora de la tarde. Eran los primeros días de la primavera. Mi ex-profesor favorito pasaba buena parte de esas todavía frías tardes en un lugar poco concurrido a esas horas, un lugar confortable donde leer, charlar o simplemente descansar.

Cuando entré en el bar de Manolo fui directa hacia la parte del fondo. Allí estaba don Faustino, solo, enfrascado en un problema ajedrecístico que consultaba de un libro que tenía a un lado. Delante, el tablero de ajedrez con unas pocas piezas. Nunca he entendido este juego, que encuentro desesperante.

Me senté enfrente sin pedirle permiso, como tantas otras veces. Con la mirada fija en el tablero me espetó:

—Y aquí llega Susana Crespo dispuesta a amargarme la tarde con una cuestión irresoluble...

—Si tiene uno de sus días aciagos me voy ahora mismo, don Faustino. Pero que conste que yo aún no he abierto la boca. Si tiene problemas para matar al rey no será por mi culpa...

Don Faustino levantó la vista, con las cejas enarcadas y la boca bobaliconamente medio abierta, en un gesto más que ensayado. Se lo había visto hacer otras veces.

—Ten cuidado con lo que dices Susana, y más si lo dices a voz en grito en un lugar público. Mira —dijo señalando hacia una ventana con su barbilla—, por ahí pasa una patrulla de la Guardia Civil. Lo mismo podían haber entrado en este momento.

—¿De qué me está hablando, don Faustino?

—Que uno no sea monárquico no quiere decir que esté dispuesto a cometer regicidio.

—Don Faustino, déjese de chanzas que no sé de qué me habla.

—Sabía que tu visita me complicaría la tarde —dijo el profesor volviendo su atención sobre el tablero.

—Sólo quiero que me dé una información, ya que es usted una biblia de Mospintoles.

Esta vez don Faustino sólo levantó una ceja y me miró con recelo. Recuerdo que fue la izquierda.

—He conocido la historia de una persona que tendrá su edad, y que lleva mucho tiempo viviendo en Mospintoles. Y me preguntaba si usted podría rellenar mis lagunas con algún dato biográfico.

En ese momento apareció Manolo, el dueño del bar:

—Susanita, rica, que esta mesa no me produce... A ver si me haces una consumición, que Faustino lleva ahí toda la tarde con el ese libraco que sabe dios de dónde ha sacado.

—Es un libro de ajedrez retrospectivo —anunció el profesor, sacándonos de la ignorancia.

—Retrospectivo o prospectivo, con el frío que hace hoy cerraré el bar con déficit.

—Si no vendes quedarás a cero, pero no con déficit, *espabilao*—me lancé yo amparada por una vaga confianza que Manolo se encargó de borrar del siguiente plumazo.

—No te jode, la sabiondilla esta. A ver si te piensas que la luz me la paga el ayuntamiento y que los impuestos de hoy me los perdona Hacienda...

—Ponme un café con leche en vaso, y mira a ver si te quedan algunos churros de la mañana —solicité con resignación contributiva.

Don Faustino seguía enfrascado en su tablero, moviendo piezas atrás y adelante como si de un estúpido vals se tratara.

—Don Faustino, ¿conoce usted a Iñaki, el hombre que está siempre en el parquecito Ignacio González Sanz?

Pareció como si a don Faustino le hubieran pinchado en las nalgas del brinco que pegó. A Manolo se le cayó en aquel momento el platillo del vaso de café, haciéndose añicos. Vi que se miraron largamente, en silencio... Me giré y vi un asombro cercano al pavor en la cara de Manolo. Era como si hubiese mentado el nombre de algún espíritu primigenio lovecraftiano.

—Veo que ambos le conocen. ¿Quién es ese hombre?

—¿Qué te han contado, chiquilla? —me preguntó don Faustino mirándome a los ojos fijamente.

—Pues nada del otro jueves. Que fue campeón olímpico y europeo y no sé qué más.

—Ni fue campeón olímpico ni europeo. Déjalo correr.

—¡Ay, dios!, me han puesto ustedes nerviosa... Me han dicho que ganó dos diplomas olímpicos, y que obtuvo varios podios en los campeonatos de Europa. Que fue un portento y que pudo haber sido una leyenda de haber nacido en la Rusia de aquellos años. Pero me han recomendado no entrevistarle. La verdad es que me han metido la miel en los labios, y aunque no voy a molestar al buen señor, ahora yo quiero saber más. Por favor, cuéntenme algo más de él.

Manolo tiró sobre la mesa un platito con media docena de churros recalentados y miró desafiante a don Faustino. Mi querido profesor le devolvió la mirada y torció el morro.

—Cuéntale tú algo, Manolo...

—Mejor lo haces tú, Faustino, que tienes más mano con estas cosas.

Y se retiró a la mesa que estaba al otro lado del pasillo que lleva a los baños y a la trastienda. Desde la barra, unos parroquianos que estaban a lo suyo abandonaron el local en ese momento dejándome sola con aquellos dos hombres que estaban en posesión de, por lo visto, un terrible secreto. Yo era toda oídos.

—Iñaki nació en el cincuenta. Y lo hizo aquí, en Mospintoles. Ha vivido aquí toda su vida. No sé por qué dices que lleva tiempo viendo aquí.

—Ahí va la hostia, pues porque creí que era vasco... —dije fingiendo un deje del norte para hacerme la graciosa.

—Su nombre completo es Ignacio González Sanz, y...

En ese momento se me atragantó el trago de café que estaba tomando y tuve que apartar la cara para toser fuertemente.

—Mira, Faustino. Se ve que la chica está atenta y lo coge todo a la primera. Es listilla tu alumna, sí...

—Debajo de ese aspecto aparentemente descuidado, Manolo, se esconde una de mis alumnas más aventajadas, la cual quiso darse un paseo por la Universidad haciendo lo que para ella era una carrera facilita. No ha querido esforzarse, pero ella y yo sabemos que podía haber terminado una carrera seria de habérselo propuesto. Y encima se permitió perder un año en el empeño.

Para cuando terminó esta alabanza a mi intelecto por parte de don Faustino, no exenta de recriminación, ya me había restablecido de mi acceso.

—Continúe, por favor... Soy toda oídos.

—Y procura ser también toda garganta, maja, sin que por ello me vayas a malinterpretar, rica.

Ni don Faustino ni yo hicimos observación alguna a Manolo.

—Te decía que 'Ignacio Sanz' es mospintoleño de pura cepa. Fue compañero nuestro en el colegio. Era un chiquillo tremendamente fuerte para su estatura, y de ahí le vino el sobrenombre de Ñaki; cosa de críos. Creo recordar que alguien había visto un levantador de piedras vasco con ese nombre en algún noticiario del cine: el Nodo, no sé si habrás oído hablar de él.

—Vaya al grano, don Faustino, por favor; no se pierda en dibujos.

—No hay mucho más que contar. Ignacio comenzó a entrenar en el gimnasio que gestionaba el Frente de Juventudes en Mospintoles. Destacó en alguna prueba halterófila y desde la federación española se fijaron en él. Comenzó a entrenar, ganó varios certámenes y gozó de gran popularidad durante un tiempo. No supo administrar la fama y el dinero que le llegaba y cuando declinó su carrera deportiva se fueron apagando las luces a su alrededor y se encontró sin trabajo y sin oficio. Quiero decir, que no sabía hacer nada aparte de levantar pesos.

—¿Y a qué se dedicó? ¿Cómo se ganó la vida después?

—Visto que quedaba prácticamente en la indigencia, en plena Transición española, en el ayuntamiento se apiadaron de él y le ofrecieron un trabajo... al menos acorde con sus habilidades laborales...

—Faustino, no te andes con ambages. Le pusieron de barrendero, Susanita, porque no sabía ni hacer la o con un canuto.

—No hay por qué ser déspota, Manolo.

—Pero es verdad... ¿o no...?

—Sea como fuere, 'Ignacio Sanz' estuvo trabajando durante un tiempo en las calles de Mospintoles, en nuestros tórridos veranos y en nuestros gélidos inviernos continentales. Vivía solo, como ahora, y no se cuidaba.

—Que le dio por beber, quizá para olvidar las bellas noches de que disfrutó. Faustino, macho, que con eufemismos vas a acabar faltando a la verdad, macho...

—Mucho antes de cumplir los cincuenta años comenzó a padecer unos dolores que le impedían desenvolverse en su quehacer diario. Cuando le atacaban ni siquiera podía empujar el carrito de la limpieza, él que había sido tan fuerte...

—¿Y qué tenía?

—Le atacaban unos calambres en los antebrazos y en las manos. Además la espalda comenzó a resentirse de tantos esfuerzos hechos. Los médicos no se atrevían a operarle, y el Ayuntamiento, que tan bien se había portado con él, no tuvo dinero para pagarle un especialista. Tenía destrozados, y tiene, varios discos de las vértebras.

—Y los seguirá teniendo, Faustino. Tendrá esos dolores mientras viva. A saber qué tomó o qué le dieron a ese pobre diablo en esas concentraciones... Se lo

Llevaban a los países del Este “a tecnificarse”, pagado todo por el Estado del tardofranquismo, que buscaba campeones deportivos, como todos los regímenes totalitaristas, que quieren dar imagen del bienestar que hay en su país a través de las gestas deportivas de cuatro mártires sacrificados.

—Como ves, Susana, Manolo y yo mantenemos posturas contrapuestas, aunque no enfrentadas.

—No, macho. Es que tú al blanco le llamas pálido y al negro le llamas poco pálido...

—Pues a mí me gustaría hacerle un homenaje. Que se lo hiciera todo Mospintoles —expuse—. Deberían nombrarle hijo predilecto de la ciudad.

Manolo miró a don Faustino y éste me miró a mí fijamente.

—Déjalo correr, Susana. No le hagas más daño.

—¿Y qué daño iba a hacerle, si puede saberse, que todos sus convecinos le muestren su cariño?

—Porque al día siguiente volverá con su perrillo a sentarse en aquel parquecito que lleva su nombre.

—¿Y cómo fue que pusieran su nombre a un parque, y encima tan pequeño?

—Pues ahí lo tienes, Susana, rica. Es lo que te dice tu profe. Le dan su nombre a una mierda de parque y no le suben la puta miseria de pensión que tiene.

Cuando tuvo que jubilarse anticipadamente, porque le dio un amago de infarto para terminar de rematar la situación, alguien tuvo una idea tan genial como la tuya. Y como en aquel entronque de calles otro alguien dijo que pusieran un par de bancos y unos parterres, dieron su nombre a algo que todo el mundo conoce como el parquecito, y que no merece tampoco más distinción de lo pequeño que es. Seguro que tú te sabes el nombre del parque porque está frente a las rotativas de El Heraldito, que es donde trabajas.

—¿Qué quieres, Susana? Prolongar la agonía de este hombre. Al día siguiente seguirá siendo lo mismo que hoy es: un paria —noté a don Faustino algo tenso.

—Pero se merece un reconocimiento. Los tiempos han cambiado. Ahora los deportistas están mejor considerados...

—¡Ya! Y representan a su país, y como dijo Zapatero, son sus mejores embajadores —me cortó Manolo—. Y hala, todos los españoles a aplaudir como bobos, y de una tacada mandó a tomar por culo la carrera diplomática, no te jode, lo que hay que oír...

—Pues no sé si representan o no a su país, pero hoy en día una medalla en un campeonato de Europa se paga muy bien. Habría que hablar con el Consejo Superior de Deportes para que le reconozcan aquellas medallas y le den una subvención anual...

—Y una mierda Susana —me cortó don Faustino secamente. No me esperaba una reacción así—. ¿Qué tienen de especial los deportistas que según vosotros los chicos de la prensa representan y defienden a España en campos de juego y no en otros campos mucho más serios y para nada frívolos...?

Me quedé atónita, muda, con los ojos abiertos de par en par ante esta salida de tono de don Faustino.

—¿Qué tienen, te digo, los deportistas que no tengamos los otros españoles que llevamos también luchando por España desde las trincheras del trabajo diario? ¿Por qué no nos reconocen a los profesores nuestro trabajo con una medalla y una subvención? ¿Y a las amas de casa, y a los taxistas, y a los carteros, a los carniceros, a los electricistas, a los camareros, a los albañiles...? ¿Es que no defendemos también a nuestro país con nuestro trabajo día a día?

Decididamente don Faustino se había calentado. Se había levantado de la silla impetuosamente y algunas piezas del tablero habían caído al suelo. Yo estaba muda, no conocía a este don Faustino. Era la primera vez que le veía furibundo. —Deja a Ignacio donde está y como está. Con sus miserias. ¿Le has preguntado acaso? ¿Quién te crees que eres para alterar la vida de las personas sin que ellas te lo pidan? No Susana... Posiblemente tengas buenas intenciones, pero habrá otros que querrán entrevistarle, le sacarán de su rutina, le utilizarán, y el pobre diablo se ilusionará, como ha pasado tantas otras veces, para luego volver a quedar abandonado como un juguete roto... Feliz analogía la del inolvidable Summers...

Y diciendo esto don Faustino, visiblemente irritado, se fue a la trastienda del bar, cerrando la puerta con vehemencia.

Manolo se me quedó mirando por un largo rato. Yo tenía también alterados los nervios. Aguardaba allí a tranquilizarme antes de salir a la calle. El café ya se había enfriado...

—A ver piel canela... Ahora que Faustino ha salido, y que estará dando un paseo por la calle de atrás, deja que te diga algo que si se entera de que te lo he contado me costará un mes de no verle por aquí. Así que chitón, Susana, que quiero seguirle viendo a diario —Manolo miró furtivamente hacia la puerta de la trastienda—. Quien lo metió en el ayuntamiento a dedo fue tu don Faustino en su etapa de concejal. Se enfrentó a todos en una época en la que estas cosas estaban mal vistas, no como ahora, porque veníamos de abandonar un régimen de favoritismos. Esa decisión acabó volviéndosele en contra. Y estate tranquila, que Iñaki no está solo. Faustino le visita dos veces al mes en su casa, y le hace un par de carros de compras en el súper de allí al lado, que se los llevan a casa al día siguiente, luego de que él mira lo que necesita. Y le compramos ropa, ehrrr..., le compra ropa a Iñaki cuando la necesita. Pero el tío es tan cabezota que para salir a la calle lleva siempre esa mierda de chándal ya gastado. Pero sí que tiene ropa de abrigo en casa. No te preocupes por Ignacio González Sanz, que está bien atendido por sus amigos, y deja correr las cosas, Susana, rica.